

FRAGMENTOS DEL OBISPO TEODORO DE MOPSUESTIA

I. Del segundo código del libro cuarto, folio décimo, contra San Agustín defendiendo el pecado original, y discutiendo católicamente que Adán fue hecho mortal por la transgresión.

807 «Con tantas evidencias que demuestran que Adán fue formado de la tierra de tal manera que existía completamente mortal, quiso ocuparse en su propio discurso sobre el alimento, sin poder advertir la verdad desde allí, uniendo una advocación seductora de mentira como dogma verdadero: no dijo (Génesis II), Seréis mortales, sino Moriréis, amenazando con la experiencia de la muerte a aquellos que ya eran mortales por naturaleza, lo cual, según su propia benignidad, pospuso llevar a efecto. Pues así como cuando dice: Quien derrame sangre de hombre, su sangre será derramada por él (Génesis IX, 6), no dice que quien mate a un hombre será mortal, sino que es digno de ser condenado a tal muerte; así también en el presente dijo: Moriréis; no porque entonces se harían mortales, sino porque serían dignos de recibir la sentencia de muerte por la transgresión. Pero también observa la sentencia divina que Dios parece imponer a Adán después del pecado. Así dice: Porque escuchaste la voz de tu esposa, y comiste del árbol del cual te había ordenado no comer, maldita será la tierra por tus obras, con tristeza la comerás todos los días de tu vida, espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo, y con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra (Génesis III, 14 y ss.). Esto, a través de todo esto, amenazó que tendría una vida penosa, obteniendo de la tierra con trabajo los frutos con los que se alimentaría y subsistiría, no teniendo, como antes, la gran abundancia que disfrutaba de la riqueza del paraíso. Pues Dios no dio el trabajar la tierra como castigo, como si transfiriera a los hombres de una naturaleza inmortal a una mortal, 808 cuando incluso le asignó el paraíso para que lo trabajara y lo guardara. Por tanta abundancia y placer del paraíso anterior, amenaza que su sustento será penoso de los frutos de la tierra. Pues, como hecho mortal, ya entonces necesitaba los frutos del paraíso, así como ahora busca los frutos de la tierra, y como castigo privado de los placeres anteriores, es castigado con esta vida penosa y laboriosa. Por eso, al final añadió consecuentemente: Porque eres tierra, y a la tierra volverás (Génesis III), indicando también aquí la mortalidad de la naturaleza. Pues no compuso este término de tierra para un ser inmortal y que ahora por primera vez comenzaría a recibir la sentencia de muerte, como afirman los sapientísimos defensores del pecado original, o más bien admirables padres del pecado, sino que la Escritura divina juzgó que este término convenía naturalmente al hombre hecho mortal desde el principio, asumiendo frecuentemente este término para mostrar la naturaleza corruptible y disoluble de ellos. Pues, Recordó que somos polvo: el hombre, como la hierba son sus días, y como la flor del campo, así florecerá, porque el espíritu pasó por él, y no habrá más su lugar (Salmo CII, 14). Quiere decir que todos somos corruptibles y disolubles como la hierba que florece por un momento y perece poco después. Pues llevamos la vida por un breve tiempo; pero después llegamos completamente a no existir. Así también Abraham, Yo soy, dice, tierra y ceniza, como si dijera: No soy digno de hablar con tan gran Dios, hecho hombre de la tierra, y completamente seré esto. Más bien debió decir: Porque serás tierra, y a la tierra volverás: si ahora por primera vez se hiciera naturaleza mortal.»

II. Del segundo código, libro tercero, cuatro folios antes del final del libro.

«809 Pero nada de esto pudo prever el admirable defensor del pecado original, ya que no fue ejercitado en las Escrituras divinas, ni desde la infancia, según la voz del bienaventurado Pablo (II Tim. III), aprendió las sagradas letras. Pero ya sea declamando frecuentemente sobre los sentidos de la Escritura o sobre el dogma, muchas veces expuso imprudentemente muchas cosas absurdas propias o comunes de las mismas Escrituras y de muchos dogmas.

Pues el miedo al poder no permitía a nadie hablar en contra, sino que solo en silencio, quienes tenían conocimiento de las Escrituras divinas, murmuraban. Finalmente, recayó en esta novedad del dogma, al decir que en ira y furia Dios ordenó que Adán fuera mortal, y que por su único delito castigó con la muerte a todos los hombres aún no nacidos. Así, al disputar, no teme ni se avergüenza de pensar de Dios lo que nadie jamás intentó estimar de hombres sensatos y que cuidan de alguna justicia. Pero tampoco recordó aquella voz divina, Que no se diría más este proverbio en Israel: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se embotaron, porque así dice Adonai el Señor: Los dientes de los que comieron uva agria, se embotarán (Ezequiel XVIII, 1 y ss.), mostrando con esto que Dios no castiga a uno por otro, según el error de algunos, sino que cada uno dará cuenta por sus propios delitos. A esto también el bienaventurado Pablo añade en consonancia. Dios, dice, que pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 6); y: Cada uno llevará su propia carga (Gálatas VI, 5); y: ¿Por qué juzgas a tu hermano? o tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo (Romanos XIV, 10). Pero el hombre admirable pensó que Dios se había enfurecido tanto por un solo pecado, que lo sometió a un castigo atroz, y promulgó la misma sentencia para todos sus descendientes, entre los cuales no sería fácil contar cuántos justos hubo. De los cuales debió considerar especialmente, que parecería muy incongruente que Noé, Abraham, David, Moisés 810 y los innumerables justos restantes fueran sometidos a castigo por su único delito, y aprobado por el gusto del árbol, y que Dios extendiera su ira más allá de la medida de la justicia, de tal manera que rechazara todas las virtudes de tantos justos, y los sometiera a tan gran castigo por el pecado de un solo Adán.

«Pues aunque nada más, al menos considerando a Abel debió juzgar convenientemente; quien siendo el primer justo, fue el primero en morir. Y si Dios había establecido la muerte como castigo para los hombres, ¿cómo no era de extrema impiedad que viviera quien fue la causa del pecado, viviera también con él Eva, la descubridora de la maldad (omito al diablo que hasta ahora perdura en inmortalidad), y que el primer justo, descubridor de la virtud y el primero en cuidar del culto divino, fuera golpeado antes que todos los casi pecadores? Debía el sapientísimo hombre también considerar cuidadosamente a Enoc, quien no murió. Pues no estaba dotado de tanta virtud o piedad, como para ser mejor que todos, digo Moisés, y los Profetas, y los Apóstoles, o todos los demás, de quienes dice el bienaventurado Pablo, de los cuales el mundo no era digno (Hebreos XI, 38), de tal manera que, habiendo muerto ellos, él solo perdurara sin la experiencia de la muerte. Pero ya desde el principio Dios tuvo esto definido en sí mismo, que primero fueran mortales, y luego gozaran de inmortalidad: así disponiendo para nuestra utilidad.» Y poco después. «Dios mostró esto mismo más claramente cuando trasladó a Enoc, y lo hizo inmortal. Pues si por el pecado Dios introdujo la muerte como causa de castigo, y no tenía esto definido en sí mismo desde antes, disponiendo todo inefablemente para nosotros según su propia sabiduría, Enoc no existiría inmortal, y el Señor Cristo no llegaría a la experiencia de la muerte.» Y poco después. «Por eso, dice, el Señor se hizo autor de todos los bienes para los hombres, para que así como Adán fue el iniciador del primer estado y mortal, así también él, siendo el iniciador del segundo estado e inmortal, primero guardara las naturalezas del Adán anterior, al nacer de mujer, al ser envuelto en pañales, y al obtener gradualmente los incrementos de la edad (pues Jesús (Lucas II, 52), dice, crecía en edad y sabiduría y gracia ante Dios y los hombres) al recibir la circuncisión, al presentarse en el templo según la costumbre legal, y al someterse a sus padres, y al entregarse a la vida legítima. Así también, para completar lo restante, y finalmente acepta la muerte, como algo atribuido a la naturaleza, para que muriendo según la ley de la naturaleza humana, y resucitando de entre los muertos por virtud divina, se convirtiera en el principio para todos los hombres, que aceptan la muerte según su propia naturaleza, para que resuciten de entre los muertos, y sean transformados a una sustancia

inmortal. Pues así como todos hemos sido hechos conformes a Adán según el estado presente, así seremos hechos conformes a Cristo el Señor según la carne en el futuro. Transformó el cuerpo de nuestra humillación para ser conformes al cuerpo de su gloria (Filipenses V), y como es el terrenal, así también los terrenales, y como es el celestial, así también los celestiales; y así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Corintios XV), mostrando que habiendo sido hechos partícipes del primer estado de Adán, necesariamente también obtenemos la participación del segundo estado de Cristo el Señor según la carne, como quien surgió de esta misma naturaleza, y asumió todo lo que era de la naturaleza, y por eso soportó la muerte, para que aceptando la muerte de la naturaleza, y resucitando de entre los muertos, perfeccionara la naturaleza libre de muerte. Y aceptó la muerte por esta razón, pero de ninguna manera el pecado, sino que permaneció completamente inmune a esto. Pues lo que era de la naturaleza, es decir, la muerte, lo asumió indudablemente: pero el pecado, que no era de la naturaleza, sino de la voluntad, de ninguna manera lo asumió. Pues si el pecado hubiera estado en la naturaleza, según el elocuente discurso de este sapientísimo, el pecado existiendo en la naturaleza, necesariamente lo habría asumido.»

III. Del segundo código, del libro tercero, folio décimo octavo.

«Si, dice, Dios no sabía que Adán pecaría, que esta sea la respuesta de estos sapientísimos, que es una locura extrema incluso concebir esto en pensamiento. Es manifiesto que sabía que pecaría, y por esto sin duda moriría. ¿Cómo entonces no es de extrema demencia creer que primero lo hizo mortal en seis horas (pues tantas fueron desde su creación hasta la comisión, ya que fue hecho de la tierra el sexto día, y comiendo contra el mandato divino, fue expulsado del paraíso), y que lo mostró mortal después del pecado? Es cierto que si hubiera querido que fuera inmortal, ni siquiera el pecado intercediendo habría cambiado la sentencia de Dios: porque tampoco hizo al diablo de inmortal a mortal, siendo el principio de todos los males.»

IV. Del segundo código, del libro tercero, folio vigésimo quinto.

«No es, dice, que a aquellos que desde Adán hasta la venida de Cristo el Señor estuvieron en tantas impiedades e iniquidades, como el bienaventurado Pablo expresó con sus propias palabras, como se ha declarado en sus voces anteriores, les otorgará como gran premio la resurrección, si los entrega a ciertos castigos sin fin y sin corrección. Pues ¿dónde se computará ya como recompensa la resurrección, si se inflige un castigo sin corrección a los resucitados?» Y poco después. «¿Quién, dice, es tan demente, que crea que un bien tan grande se convierte en materia de infinito castigo para los resucitados, para quienes era más útil no resucitar en absoluto, que soportar la experiencia de tantos y tales males bajo infinitos castigos después de la resurrección?»

V. Del octavo sermón del catecismo, folio séptimo.

«Ni tampoco, dice, si decimos que hay dos naturalezas en Cristo, necesariamente resultará que afirmemos dos hijos o dos señores, porque esto se prueba como una locura extrema. Todas las cosas que son dos en algo, en algo son una, no destruyen por la unidad de ambos la división. Yo y el Padre somos uno (Juan XX, 30). Pero no porque sean uno, se debe negar la propiedad de cada uno. Y en otro lugar, pronunciando sobre el hombre y la mujer, dice: Ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 6). Pero no porque sean una sola carne el hombre y la mujer, ya no son dos, sino una sola carne; pues permanecen dos en cuanto a lo que son dos, y uno en cuanto a lo que son uno. Según este modo, aquí también son dos por

naturaleza, pero uno por conjunción: dos por naturaleza, porque hay mucha diversidad de naturalezas; pero uno por conjunción, porque lo que es asumido obtiene la veneración indivisa con el que asume, permaneciendo como su templo indiviso. Pues todas las cosas que se dicen dos, contienen el uso de dos cuando se cree que una es indiferente a la otra, según lo que obtiene el término de dos y su enumeración. Por ejemplo, la Escritura divina menciona cuatro bestias (Daniel VII, 3), un oso, un leopardo, un león, y otra que supera a estas en ferocidad, y por eso son cuatro, porque cada bestia no se comprueba que sea menos que las otras bestias según la sustancia. El testimonio de dos hombres es verdadero (Juan VIII, 17), porque cada uno es por naturaleza lo que el otro es. Así también aquello, Nadie puede servir a dos señores (Mateo VI, 24), porque al que se le presta servicio como señor, ninguno es menos señor, así también aquí, si cada uno fuera hijo y señor según la sustancia, podrían de alguna manera ser llamados dos hijos y señores según el número de personas. Pero como aquí uno es hijo y señor según la sustancia, y el otro no se aprueba como hijo ni señor según la esencia, pero se conoce que ha participado de estos por la conjunción que se le ha hecho con aquel, por eso decimos un hijo y señor, entendiendo principalmente a aquel que según la sustancia se cree y se llama verdaderamente hijo y señor: pero abarcando también en pensamiento a aquel que se le une inseparablemente, y por la inefable unión con él se estima partícipe del hijo y señor. Por lo tanto, dondequiera que la Escritura divina menciona a este hijo que fue asumido, decimos que se le llama hijo en relación con el que asume según la unidad. Pues cuando dice, de su hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne (Romanos I, 3), no dice aún el Verbo, sino la forma de siervo asumida. Pues no es Dios según la carne, ni Dios hecho de la simiente de David, a quien el bienaventurado Pablo evidentemente llama hijo. Pero entendemos que es llamado hijo, no porque se diga hijo por sí mismo, sino porque por aquella conjunción que tiene con aquel que verdaderamente es hijo, se le llama así. El creador se compadeció de la criatura perdida, y sin mezcla formó un infante, lo llevó a la edad viril, insinuando la similitud de la naturaleza por el proceso de los incrementos según el modo de la fe, existiendo ocultamente unido a él: no se apartaba cuando era formado, no se dividía cuando nacía, unido y presente al que hablaba, permaneciendo en sus actos, y allí guardando su conexión sin pecado.»

VI. Del libro quinto del Comentario sobre la creación.

«Por lo tanto, no introdujo la muerte a los hombres no voluntariamente y fuera de su juicio, ni dio entrada al pecado sin ninguna utilidad, pues no podía hacerlo si no lo quería: pero como sabía que era útil para nosotros, más bien para todos los racionales, primero permitió la entrada de los males y de lo peor, y luego borrarlos, e introducir lo mejor: por eso Dios dividió la creación en dos estados, presente y futuro: en aquel llevará todo a la inmortalidad e inmutabilidad, en el presente dejando la creación en muerte y mutabilidad por el momento: pues si desde el principio nos hubiera hecho inmortales e inmutables, no tendríamos ninguna diferencia con los irracionales, sin conocer nuestro propio bien. Ignorando la mutabilidad, ignoraríamos el bien de la inmutabilidad: no conociendo la muerte, no conoceríamos el beneficio de la inmortalidad: ignorando la corrupción, no alabaríamos la incorruptibilidad: no conociendo el peso de las pasiones, no admiraríamos la impassibilidad. Para decirlo brevemente, para no hacer largo el discurso: no conociendo la experiencia de los males, no podríamos merecer el conocimiento de aquellos bienes.»